

LIBROS

La legión de los marginados

El sociólogo Georg Simmel se asombraba una vez de la escasa huella que ha dejado en la historia de la filosofía el dolor de los hombres. La sabiduría occidental parece siempre salir limpia y perfumada de la ciénaga de horrores de los siglos: apenas aquí o allá un gemido, una observación alarmante que se escapa, un rechinar teórico de dientes. Hasta Schopenhauer, los filósofos han vivido realmente en el mejor de los mundos o, al menos, han consentido escasamente en reflejar discursivamente los espantos de éste. Cloran hizo notar que la metafísica escamotea hábilmente el cadáver; podríamos añadir que también esquivaba la tortura, la prisión, la locura, el hambre, la miseria sexual o la persecución racial, religiosa y política. Pero lo que la metafísica ha escamoteado con más o menos habilidad, la literatura se ha visto obligada a darnoslo desde un principio. El dolor que lacera al desdichado, a cualquiera de nosotros en uno u otro momento, es sin duda una protesta contra la supuesta armonía del mundo y una reclamación contra quien pretende legitimarla: pero, en cambio, es lo único que puede hacer interesante un argumento. Lo que zapa y resquebraja cualquier sistema filosófico es precisamente lo más digno de ser contado, lo que deberá contar quien aspire a narrar una buena historia. Sólo la imperfección logra cautivar la atención de los oyentes o lectores a los que la filosofía probablemente aburre —y no sin razón— por ser inverosímilmente perfecta; lo que subyuga es lo que alarma, lo que hace llorar, lo que indigna o estremece: el Rey injusto, el príncipe parricida, la mujer adúltera, los amantes separados para siempre, la traición del amigo o el encarcelamiento del inocente. Incluso el héroe necesita el mal y la tragedia como fondo adecuado contra el que agigantar su figura y es precisamente héroe no quien ignora la angustia o la muerte, sino quien no se deja abrumar por ellas. También los happy-ends denuncian a su modo la universal desventura, pues extraen su júbilo algo improbable

precisamente de las realísimas zozobras que se acumulan en el relato hasta el final dichoso: no hay final feliz más que donde todo hacía prever un final desdichado.

Uno de los puntos, ya no de fricción, sino de frontal choque entre la armónica perfección promulgada por la filosofía y la punzante imperfección constatada por la literatura da pie a un soberbio libro de Hans Mayer, al que no cabe hacer otro reproche que el desafortunado título de la edición española (1). El profesor Mayer parte de una constatación radical, que él mismo formula contundentemente así: "La ilustración burguesa ha sido un fracaso". Esto es, los ideales filosóficos de igualdad y progreso que brotaron de los entusiastas pensadores del siglo de las luces se han estrellado contra la evidencia de un dolor que alza su grito desde el corazón mismo del optimismo ilustrado: el de los marginados, el de los monstruos. La Ilustración ha sido insensible ante una dificultad que la comprometía, ha funcionado decretando una nivelación forzosa para el mañana, como si sólo más igualdad y más progreso pudiesen remediar los desmanes del progreso y la igualdad. Mayer ejemplifica esta tendencia con la obra de su gran amigo Ernst Bloch, de quien fue decepcionado compañero en la aventura stalinista de Leipzig y es actualmente colega en Tübingen: "Bloch habla con vigor de los humillados y ofendidos, pero se refiere sólo a la comunidad que sufre, no a los individuos humillados y ofendidos, cuyo actuar y sufrir no puede ser subsumido en leyes de carácter general".

(1) *Historia maldita de la literatura*, H. Mayer, Taurus, 1977.

Por ello amparará su esperanza bajo pensadores que ignoran o proscriben al diferente, como Platón o Hegel, pero no acudirá al particularista Montaigne, que comentó el caso del extraño niño monstruo de la Gascuña, o a Strindberg y su desgarrada "lucha de sexos". La Ilustración regatea su luz a los monstruos, que zapan con su sola existencia diferente un igualitarismo demasiado racional para ser cierto y un progreso que los margina precisamente como aquello de lo que la Humanidad escapa hacia adelante. Los tres casos de marginación que Mayer toma como base de su estudio son la mujer, el homosexual y el judío, y los estudia en su particularidad literaria, no en la apresurada categorización racionalista. Demasiado rápidamente estas marginaciones son resueltas desde el ángulo ilustrado, como una falla económica o médica del sistema. Este triunfo de la Ilustración es su fracaso, pues vence a base de aplastar bajo una generalidad al desdichado individuo al que se propuso en un principio rescatar. Así, por ejemplo, cualquier planteamiento feminista que reduce la marginación de la mujer a un problema económico-político yerra en lo esencial, esto es, en lo que la Ilustración no ha logrado digerir de la necesaria diferencia femenina. Otro tanto ocurre con la anomalía erótica del homosexual —que gustosamente se reduciría, incluso para legalizarla, a un problema médico— o con los misteriosos judíos, que plantean el enigma de una identidad no estatal... o de un Estado aterritorial e itinerante.

Pero lo que la Ilustración trata de subsumir bajo su legislación omnicompreensiva, la literatura lo conserva en toda la delicada particularidad del punzan-

te conflicto. La gran erudición y la penetración de Hans Mayer avecinan en una misma marginación el caso literario y ejemplo vivo: así la Lulú de Wedekind junto a Juana de Arco, Hedda Gabler, pero también George Sand, Shylock y Rothchild, Dorian Gray y Luis II de Baviera... El período que comprenden sus estudios va desde Christopher Marlowe hasta Norman Mailer o Genet. Sería contradictorio aspirar a resumir unos sutiles y brillantes análisis que toman su fuerza de la concreción misma de su planteamiento. La riqueza del libro de Mayer se apoya precisamente en su disposición siempre alerta para descubrir las nuevas formas de la vieja marginación, el desconcertante rebrote que rompe el estereotipo con que se había domesticado algo la discriminación: la maldición del Judío presente en el sabio Nathan, pero también en Ferdinand Lasalle o Trotsky, la evidencia de la doble vida sexual en Andersen y en los libros pornográficos de bolsillo, el escándalo de la participación de la mujer en lo activamente valioso en el enfrentamiento entre Lohengrin y Ortrud ni más ni menos que en la liquidación de Marilyn Monroe. Hay casos particularmente desgarradores, como el del enfrentamiento feroz entre Enrique Heine y Platen, en el que el primero ataca al otro por su homosexualidad y éste le reusa por su judaísmo, hallando cada uno en la segregación del otro motivo parra mitigar la propia. Este libro de Mayer presta un gran servicio. En efecto, el último y mortal peligro que acecha a los monstruos es llegar a ser utilizables por el dominio, acabar convirtiéndose en coartada propagandística o electoral de los marginadores, y esto por una simplificación de su condición —"no es más que..."— que los comprima violentamente en la falsa igualdad. Pero obras como ésta de Mayer dificultan el condicionamiento y resguardan lo más válido de la diferencia de tal manipulación. ■ FERNANDO SAVATER

Andreu Nin y el comunismo catalán en la Segunda República

Hasta hace pocos años, Andreu Nin era conocido especialmente por el trágico episodio de su detención y posterior asesinato en 1937, como una especie de símbolo de los proce-



Hans Mayer.